

La flor más bella del ejido o las ganas de sentir orgullo

Verónica Vázquez Mantecón

Anna María Fernández Poncela y Lilia Venegas Aguilera, *La flor más bella del ejido. Invención, tradición, transformación*, México, CONACULTA-Plaza y Valdés Editores, 2002.

Este libro permite el acercamiento a una expresión viva y fuerte del nacionalismo: el concurso *La flor más bella del ejido* es una demostración de la fuerza del sentimiento de identidad nacional, es una prueba fehaciente del orgullo de pertenecer, de reconocerse en los demás, de identificarse con nuestra historia y nuestra herencia cultural. El libro está muy bien hecho: no deja dudas, aborda todos los frentes, analiza todos los aspectos del fenómeno, tiene la capacidad de desentrañarlo. Es analítico, además de descriptivo. Las entrevistas a los involucrados dan una perspectiva subjetiva, cercana; muestran el punto de vista del actor. Sin duda, muy recomendable.

A través de la lectura entendemos por qué subsiste una tradición, qué representa en la vida de la gente de la comunidad, cuáles son las causas primarias, las razones más elementales y poderosas que explican un fenómeno cultural como el concurso de *La flor*. Por eso me parece un libro importante: porque va a fondo y dilucida respuestas.

Con este libro podemos entender cómo la gente se sigue haciendo las mismas preguntas que se ha hecho el hombre desde el origen de los tiempos. Preguntas tan sencillas como: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? y ¿adónde queremos ir?, son las que originan

la organización de manifestaciones culturales como este concurso. Si la comunidad de Xochimilco no considerara importante encontrar esas respuestas, no estaríamos aquí. Ni se exaltaría la belleza de la mujer mexicana, ni se ofrecerían en la feria alegrías, mole, dulces cristalizados, verduras y flores.

¿Qué explica la persistencia de la fiesta? Las ganas de la gente de divertirse, de relajarse, de encontrarse con los demás, su necesidad de vender y comprar sus mercancías, porque de eso vive. Le gusta sentir que lo que hace es importante, que tiene pasado, que viene desde muy atrás, que significa cosas grandiosas, cosas trascendentales. Por eso participa gustosa en la feria, por eso colabora con la Delegación en la organización de algo tan significativo. Las muchachas se ven muy guapas con su traje y su corona de flores y a todos les gusta verlas y a ellas les gusta que las vean. Así de simple.

Para la comunidad de Xochimilco es vital la conservación de las tradiciones. Eso los hace muy fiesteros. Cuentan con más de 400 fiestas, entre las que destacan la del *Niñopan* y el concurso de *La flor*. Decíamos que para ellos es tan importante expresar el orgullo por las tradiciones, que hasta le inventan un pasado a la fiesta. Las autoras nos demuestran, en aras de la precisión histórica, que en la explicación que se da sobre el origen de la celebración se afirman cosas que no se pueden probar. Pero lo que tiene que quedar claro es la intención: darle una importancia y un significado grandioso a la tradición, enaltecerla al vincularla con los orígenes prehispánicos de nuestra nación, ostentar, hacer pa-

tente el orgullo de descender de tan noble estirpe. Al ser muy antigua, es más legítima. Desde esa perspectiva, se comprende que se exagere un poquito. Insisto, lo que es importante destacar es la intención de engrandecimiento. Lo importante es la voluntad expresa de la comunidad de establecer una línea de continuidad entre el pasado prehispánico y el México contemporáneo.

El mejor ejemplo de esto es el vínculo que se establece entre *La flor más bella del ejido* y el pasado indígena. Cordero Espinosa, cronista de Xochimilco, afirma que esta fiesta tiene un antecedente indígena en las fiestas en las que se ofrecían hermosas jóvenes en sacrificio a los dioses, Xochiquetzalli entre otros. Farías Galindo, otro cronista de Xochimilco, sostiene que dichas celebraciones se daban en la época de la primavera. En un folleto de la Delegación, del 2001 se afirma que:

[...] los antecedentes más remotos en cuanto a la celebración de esta fiesta se ubican en los festejos que los indígenas realizaban en los alrededores de la ciudad, cerca de lo que hoy es palacio nacional; de acuerdo con el concepto prehispánico de la belleza, se elegía a una joven de cada Calpulli, la cual ofrecía flores y ofrendas a la deidad Xochiquetzalli, que representaba a la diosa que daría fertilidad a la tierra y produciría abundantes cosechas.

Como lo señalan las autoras, es muy complicado probar esto, pero lo que sí se comprueba de manera fehaciente son las ganas de legitimar *al*

concurso de *La flor* al asimilarlo al pasado indígena, las ganas de sentirse orgullosos de ser herederos de los indígenas.

En los siglos XVII y XVIII se arraiga, como costumbre importante, la celebración del Viernes de Dolores, en la Nueva España. El sexto viernes de Cuaresma se conmemoran los sufrimientos que padeció la Virgen durante la Pasión de Cristo. Los franciscanos, primeros evangelizadores de Xochimilco, traen consigo la celebración del Viernes de Dolores, fecha *movible* entre el 13 de marzo y el 16 de abril. Ahí donde se da la fusión de las tradiciones, según los cronistas.

¿En donde se hacía la fiesta? Pasó por varios sitios. Dicen las autoras que:

[...] inicialmente tuvo lugar en el sur de la plaza principal de la Gran Tenochtitlán, más adelante conocida como Portal de las Flores y la Plaza del Volador, al sur del actual Palacio Nacional. A fines del siglo XVI se llevaba a cabo en la Alameda [...] en la Merced [...] en el Paseo de Bucareli [...] y a inicios del siglo XVIII en el canal de La Viga [...] En cuanto al nombre de Viernes de Dolores pasará a denominarse en el siglo XVIII Viernes de las Amapolas [...] en 1786 el Virrey Bernardo de Gálvez traslada la fiesta al antiguo canal de Santa Anita. (desde ahí se empieza a contar la antigüedad: en el 2003 sería la fiesta número 218).

La transformación al formato actual, con la elección de *La flor más bella del ejido*, se da en 1936, en pleno cardenismo. Se atribuye a Lázaro Cárdenas el nombre, la intención y los objetivos que, en términos generales aún mantiene este evento, el que se convierte claramente en una

fiesta laica, con el claro interés de fortalecer la identidad local y nacional, pese a que ese día coexisten las celebraciones religiosas en las que sale en peregrinación por las calles la Virgen de los Dolores.

Entonces, en 1936, dicen las autoras, “el concurso se convierte en una pieza clave en la construcción de la identidad nacional posrevolucionaria: se trata de una redefinición, desde el Estado, de los elementos componentes de la mexicanidad, donde habrán de subrayarse aspectos como la belleza indígena, el ejido, y el pasado prehispánico.”

En 1955 se traslada el concurso de Santa Anita a Xochimilco, porque fue aquí donde se conservó el sistema lacustre que Santa Anita perdió al desecarse el canal de La Viga.

No es extraño que haya sido el presidente que más nos hizo sentir importantes y dignos el que termina de concebir la idea de enaltecer la belleza autóctona. El general Cárdenas tiene muchos méritos, pero uno fundamental es el de dignificar al campesino, como lo destacan los observadores de su trabajo en el campo: su obra principal —dice Manuel Moreno Sánchez—, es haber acentuado el cambio moral del pueblo humilde. Con Cárdenas muchos parias han sabido que eran hombres.

En ese contexto, en pleno reparto agrario, adquiere sus características definitivas el concurso de *La flor más bella del ejido*. En un momento en el que la repartición de los ejidos buscaba no sólo el alivio económico, sino la restitución del honor perdido, la valoración del campesino ya fuera indígena o mestizo. Y eso fue lo que le transmitió al concurso de *La flor*: la búsqueda del orgullo. De ahí la conclusión de que “*La flor más bella* es, a nuestro juicio, una fiesta paradigmática en la construcción de los mitos y ritos del obsesivo y conflictivo tema de la identidad nacional.”

Las autoras citan, porque comparten su opinión supongo, a Carlos Monsiváis en un artículo muy cuestionable sobre el concurso, en el que, junto con indudables aportaciones como es la de señalar que “lo que más orgullo causa es la posesión del orgullo”, hace gala de su sarcasmo y su ironía para afirmar que: “se atavían de indígenas clásicas tal como conciben los modistas y maquillistas de los estudios Churubusco y tal como lo perpetuó la cámara de Gabriel Figueroa”. También cuestiona: “¿cuánto hay en esto de realidad y cuanto de operación ideológica [...]?”, y concluye: que “a falta de asideros genuinos [...] la prédica nacionalista del régimen desemboca en el uso inclemente de los orgullos locales” y que: “se considera más redituable la exaltación de las etnias míticas para desentenderse de las etnias reales [...]”.

Por supuesto que no comparto estas opiniones. Pienso que el libro de Ana y Lilia nos proporciona los suficientes elementos empíricos para demostrar lo contrario.

Curiosamente, en otro texto, Monsiváis afirma que:

Constituye una verdadera dificultad distinguir en esta etapa —el cardenismo— entre nacionalismo de régimen y nacionalismo popular. La pedagogía nacionalista prodiga murales, libros de historia patria, novelas donde el pueblo sufre y se redime por la sangre, sinfonías de estímulo laboral, canciones de esencialización del “alma popular”. A este proceso contribuye, de modo enorme y genuino, el gobierno del general Lázaro Cárdenas, que le imprime velocidad a la Reforma Agraria, lleva a cabo la Expropiación Petrolera y vitaliza las posibilidades épicas de la nación. El pueblo cree en la mitología que se le ofrece y el Estado ofrece una mitología parcial-

mente forzada por las creencias del pueblo.

Y aquí yo tengo mis propias preguntas: ¿de dónde tomaron Gabriel Figueroa y Emilio Fernández, fotógrafo y director de *María Candalaria* (1943) la imagen de las indias?, ¿existe o no una relación entre lo popular y lo masivo según dejaron claro las autoras en la parte teórica del libro?, ¿hay o no hay pues una retroalimentación entre el nacionalismo de Estado y el popular?, ¿por qué no aceptar que también los medios se inspiran en la realidad y que no todo lo imponen?, ¿quién tiene la verdadera imagen de indígena?, ¿por qué no nos dice Monsiváis en dónde encontrarla?

Señalar que la representación de la mujer indígena en el concurso de *La flor* no es totalmente pura, no aporta nada. Nadie va a tener nunca la verdadera imagen de nada. Toda mirada tiene más que ver con el presente que mira que con la veracidad de la imagen que representa. Lo que es evidente es que la imagen que el cine de los años cuarenta proyectó de los indígenas mexicanos se derivó de las corrientes indigenistas de la década anterior, para las que lo indio —como dice Álvaro Velázquez— “significaba la raíz y la conexión con la profundidad del ser nacional”. ¿Qué tan alejada está esta imagen de la realidad?

Lo que a mi juicio es más importante, es rechazar la idea de la manipulación. Si algo queda claro con la lectura es que el concurso no obedece simplemente a una lógica gubernamental que pueda reducirse a una “operación ideológica”. Aquí hay una evidente coincidencia de intereses. En todo caso, hablaríamos de una estrategia consensuada.

Queda pues fehacientemente demostrado en el libro que el concurso es una tradición inventada: se pretende legitimarlo atribuyéndole una

antigüedad que no posee, cuando en realidad es una fiesta que pasó por distintos lugares de la ciudad de México con distintas características; eran fiestas que coincidían con la primavera y que al quedar cerca del viernes de Dolores se vincularon a las celebraciones religiosas, a las que se les quisieron encontrar raíces prehispánicas.

Como señalan las autoras, en la fiesta se expresa la voluntad estatal, a través de la autoridad de la delegación, de atraer al turismo, de promover los pequeños negocios locales, de ocasionar una derrama económica. También hay una voluntad estatal de manifestar un discurso nacionalista (y aquí hay variaciones de tono según el sexenio). Pero todo eso es posible gracias al significado que esto tiene en la gente de la comunidad de Xochimilco: hay disposición a participar, hay receptividad respecto a los objetivos, se da una concordancia de intereses. Cabría preguntarse aquí qué tan alejados están de la comunidad los funcionarios de la delegación, porque quizá también pertenecen a ella.

Las razones “de arriba” se explicitan claramente en la convocatoria emitida por la Delegación de Xochimilco en 1996:

[...] La propuesta [...] es reforzar la imagen típica de Xochimilco, fortalecer su identidad cultural, difundir y promover las tradiciones de la región, fundamentar sus costumbres y convertir a esta fiesta en una auténtica Feria regional; con una celebración que convoque a todas las jóvenes del D. F. entre 15 y 21 años de edad a participar dentro del contexto de la mexicanidad y en especial de los valores regionales del Altiplano, que porten con orgullo el vestuario autóctono y proyecten a la mujer actual con dignidad y res-

peto a la cultura de nuestros antepasados [...]”.

El concurso de *La flor* se complementa con el concurso de las niñas, llamado *La florecita de la chinampa*. Por cierto, resulta contradictorio que a la niña que resulta ser la más representativa de la belleza indígena le den de premio una *Barbie*.

¿Y cuáles son las razones de los “de abajo”? Las muchachas que participan son plenamente conscientes de que son diferentes y sienten el orgullo de serlo. Quizá repiten el discurso del folleto aprendido en el curso propedéutico durante sus intervenciones en el concurso, con lo que sus palabras pueden sonar huecas, pero de verdad se sienten parte de una tradición y eso las motiva a participar, como lo expresan espontáneamente en las entrevistas. Me parece importante hacer esa distinción en el análisis.

Las participantes expresan su deseo de que las tradiciones sigan. Comparten plenamente la intención de los organizadores: perpetuar la idea de un festival tan antiguo que se pierda en el pasado prehispánico, rescatar el traje, mantener lo que ellas consideran una costumbre muy vieja. Es en esencia una voluntad de contribuir a la conservación de la tradición, demuestran muchas ganas de pertenecer, de reforzar su identidad comunitaria. Véanse si no las siguientes oraciones:

- Estoy aquí para promocionar nuestras tradiciones, por el orgullo de representar a mi Xochimilco.
- Quiero contribuir a que las tradiciones sigan.
- Amo México.
- Me da felicidad representar a mi delegación, a sus tradiciones.
- Te sientes orgullosa de portar el traje del Altiplano y de sentirte mexicana.

De las entrevistas se trasluce la espontaneidad con la que actúan, ninguna se siente coaccionada. Todas confían en la legalidad del evento, hay credibilidad en el jurado, en fin, se nota que están a gusto.

Participar puede ser también una tradición familiar. Se concursaba porque las madres, primas, hermanas e incluso las abuelas han participado. Aquí es donde encontramos una real identificación entre las intenciones del Estado con las comunitarias. Insisto, habría que preguntarse también por el origen de los funcionarios de la delegación, quizá no estén tan alejados de la comunidad.

Varios aspectos refuerzan la idea de la imbricación entre los esfuerzos delegacionales y los comunitarios. La disposición a participar: padres y madres impulsan a sus hijas a hacerlo. Dice una de ellas: "toda mi familia está aquí apoyándome y muy orgullosos de que esté representando a mi delegación y sobre todo por lo que estoy haciendo por mi cultura." Y ya inscritas, hay una solidaridad femenina impresionante; madres y abuelas participan decididamente en la elaboración del vestuario: bordan, hacen coronas de flores, cosen faldas. Dice una mamá: "le bordé la blusa, toda su obra está hecha por nosotras, los adornos, su diadema incluso se la hice [...] mi cuñada le dibujó las flores y yo se las bordé".

Es ahí donde reside la fuerza de la tradición, es ahí donde hay una lógica popular autónoma, es ahí donde se transmiten valores importantes. Ahí está, en mi opinión, la verdadera fuerza del evento. Si esto no es un asidero genuino del nacionalismo, no se qué pueda serlo. Dice una concursante:

Realmente mi mamá, mi madrina y mi abuelita son las que me han ayudado. Mi mamá y mi madrina han ido por las flores a Xochimilco, me han hecho mi coro-

na, me han mandado a hacer la blusa, el chincuete. Y bueno, mi abuelita realmente me ha dado algo muy valioso para ella, no tanto de dinero sino sentimentalmente, me ha prestado sus aretes que pertenecieron a su mamá y el rebozo que es de mi tatarabuelita. Entonces, realmente eso significa mucho para mí y no sé realmente como agradecerles todo (Claudia, 1999).

La gente ajena a las tradiciones barriales o comunales ve con burla o extrañeza a las participantes, las que se enfrentan a la incompreensión de los de fuera. Estos, en sus comentarios expresan el desprecio, la devaluación de lo indígena tan común en nuestra sociedad. "¿Cómo?, ¿te vas a vestir de india?" es una pregunta que les suelen hacer a las participantes. "Mis amigos antes me decían que por qué me inscribía en estos concursos, que si no me daba pena salir así, que por qué lo hacía, yo les dije que yo lo hacía porque era una tradición y que ellos necesitaban saber bien a fondo de donde venían, tus raíces, tus orígenes [...]" (Soemi Martínez, 1999).

Por eso resulta muy significativa la actitud de las concursantes y sus familiares, quienes tienen introyectados valores distintos, de orgullo por ser portadoras de una tradición y por expresar valores que consideran auténticos. Creo que esto tiene poco que ver con las operaciones ideológicas de los discursos del poder.

Entre ellas parece haber solidaridad. No se centra el concurso en la belleza física, sino en la representatividad de un estereotipo, el de la mujer autóctona. También se evalúa su desempeño oral y el vestuario. Participar es en sí mismo un rito ceremonial que confiere importancia. Es una experiencia muy valorada. Para ellas es tan importante haber participado, que lo expresan dicien-

do que es una experiencia que consideran digna de contársela a sus hijos en el futuro.

Hay algo significativo en la actitud de las protagonistas del concurso: nunca dejan de tener los pies en la tierra. Es interesante ver que el concurso no abre aspiraciones artísticas, ninguna aspira a convertirse en actriz o modelo. Saben que no están en un concurso de belleza (tienen bastante claro que no son rubias ni anoréxicas), no es Miss México, es otra cosa. Se trata de reivindicar la pertenencia, la diferencia. Todas quieren ser maestras, profesionistas, estudiar, ser madres. Tienen claras las dimensiones del evento. No se extralimitan, saben que la satisfacción que obtienen está en el orgullo de haber participado, de pertenecer.

Las concursantes son en su mayoría de nivel socioeconómico bajo, sus familias provienen del sector servicios. Los ejidatarios han desaparecido. Son conscientes del avance de la cultura urbana, saben que están en una labor de resistencia frente a la avalancha de lo que ellas mismas consideran "la modernidad". Martha Patricia Vega, segundo lugar en el concurso del año 2000 tiene particularmente claro el asunto:

Ha sido una experiencia inolvidable que me ha ayudado mucho a formarme como persona, como ser humano, a seguir fomentando mi acervo cultural, conocer más de lo que son mis raíces, de lo que es mi tierra, me siento portavoz de mi Delegación, de la gente trabajadora de Xochimilco, de la gente que todavía le gusta preservar las tradiciones, costumbres, sobre todo que lucha día a día con esa mancha urbana que se ve cada día. Bueno, no quiero decir con esto que estemos peleados con la modernidad, tenemos que ir siempre hacia delante [...] pero no

olvidando nuestro pasado, pues si no sabemos cual es nuestro pasado no podemos entender nuestro presente ni nuestro futuro.

En el discurso de esta flor hay conciencia de la importancia de la historia para la comprensión del mundo en que vivimos, hay conciencia de que representa “a la gente trabajadora de Xochimilco”, es decir, a los suyos, a los sectores populares y demuestra su orgullo. Hay conciencia de estar en la trinchera de una resistencia cultural. Repito, si esto no es genuino, no sé qué pueda serlo.

Hay pues una concordancia de objetivos entre “los de arriba” y “los de abajo”. Esa quizá sea la clave de la supervivencia de la tradición.

¿Cómo entender el significado de la feria *La flor más bella del ejido*? Las autoras señalan que es necesario, “no autoengañarnos”. Llegan a las siguientes conclusiones. El concurso:

- se da a partir de una estrategia delegacional,
- es una política de arriba,
- es una tradición inventada que recurre a un pasado mitificado,
- es una estrategia política para aglutinar al pueblo en el contexto de la crisis social y económica,
- constituye una estrategia de integración identitaria gubernamental y política que cuenta con el consenso de los dominados,
- resulta ser un ritual que está al servicio de una estrategia de amortiguamiento de los conflictos internos y sirve para mostrar poder ante los conflictos externos,
- la fiesta es “Una organización desde arriba, que cada vez se

muestra más interesada en el proyecto económico-comercial y/o turístico, sin abandonar el identitario-recreativo-cultural con visos políticos”, visión que ha predominado en los últimos años, ya que el capitalismo dependiente con raíces indígenas avanza apropiándose de esas culturas, reorganizando su significado y la utilidad de sus prácticas.

Afirman también que por algo persisten algunas formas y manifestaciones de la cultura popular: porque poseen una nueva función. ¿Para qué sirve el concurso de *La flor más bella del ejido*? Es una forma de expresión de identidad hacia adentro de la comunidad, es una manera de diferenciarse de los demás, y tiene intereses comerciales y económicos.

Se sostiene que a través de la cultura se resuelven conflictos en el imaginario con el consentimiento activo de los sectores subalternos. ¿Cómo cuáles conflictos? Se elige a una mujer como reina, cuando en la vida real las mujeres son más bien esclavas; se dignifica a la belleza indígena cuando en la práctica se les discrimina y desprecia; se dignifica al pasado indígena, lo cual también es falso en los hechos cotidianos; pretenden valorar el desempeño intelectual de las concursantes, cuando siempre se ha mantenido a las mujeres en la ignorancia.

Se concluye que la organización de este tipo de eventos obedece, en estos tiempos de crisis social y económica, a la necesidad de un discurso nacionalista que cohesione al pueblo, ya que al reforzar la identidad y la pertenencia se amortiguan los conflictos internos y se muestra

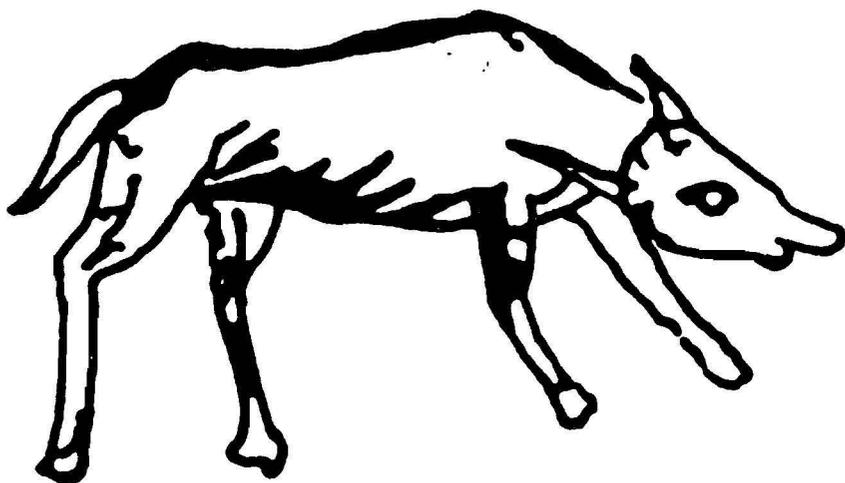
fuerza ante las amenazas externas.

¿A qué se refieren? No queda muy claro, pero puede ser la expansión brutal de la mancha urbana, que pone en peligro la existencia de Xochimilco. Quizá esos fueron temas que no se tocaron en el libro y que sin duda existen: los conflictos sociales en la delegación y las amenazas externas. Lo que sí es claro es que del análisis no se puede concluir que el concurso es solamente una estrategia ideológica, una estrategia del poder con fines enajenantes y manipulativos. Constituye un espacio de concordancia de objetivos, hay una interconexión evidente entre la lógica de arriba y la de abajo.

Una vez que se nos hace semejante disección del evento, se afirma lo siguiente:

Tradiciones inventadas, comunidades imaginadas, realidad o fantasía, invención o tradición [...] Al final no es quizá lo que más importa, sino el sentir de la gente, el compartir de la comunidad, la diversión colectiva, la estrategia productiva y comercial, la recreación artística y cultural. La sonrisa triunfal de la muchacha coronada simplemente con una corona de flores.

Este es, en mi opinión, un párrafo muy sensato. La ideología no lo explica todo. Lo que importa es el asombro ante la magia de lo portentoso: desde hace muchos años, qué más da cuántos, se repite con la fuerza de un ritual ceremonial, el hecho conmovedor y profundamente significativo de elegir, de entre muchas, a la muchacha más digna de representar la belleza y la inteligencia de nuestra raza mestiza. Esto a mí me parece significativo.



Perrito del Campo.
Es muy vivo y sentido, lo conosco;
Este se cria mucho en estumo en,
el Valle de Casas Grandes. Es muy
delicado para la agua; y para que
no le entze, tiene el instinto, de
hacer un tucdo alto de tierra en
la boca de su agujero, que lo hat
en el mismo llano. Se manfiene
con sacatito.